

RECUERDOS AMABLES DE LAS MUDADAS.

Mayo 29/36



LOS CABALLEROS CATOLICO buena sociedad cardenense que Cab. (1)

108

LOS traslados de domicilio se hacen ahora silenciosamente. Nadie se preocupa de los nuevos vecinos. La Habana ha tomado tal desarrollo urbano, las costumbres se han modificado tanto, que las "mudadas" de las familias pasan inadvertidas. Antes no. Todo el vecindario estaba pendiente de los cambios de residencias.

El que se mudaba de una casa tenía que participarlo oportunamente a los vecinos de la casa que dejaba. Se hacían las "visitas de despedida". Y tan pronto llegaba a la nueva residencia, debía comunicarlo a las familias que vivían en la "cuadra" de la casa que ocupaba. Y éstas respondían a la vez a esa notificación con la "visita de bienvenida".

Como es natural, estas prácticas tenían sus complicaciones. La familia "recién instalada" se documentaba acerca de la clase y condición de sus nuevos vecinos. El bodeguero era, por lo general, el informante. En su deseo de conquistar un "marchante", tan pronto advertía la llegada de la familia nueva, iba a la casa en busca del cliente. Y para introducirse y hacerse el servicial, facilitaba a los nuevos residentes, los datos y antecedentes sobre el vecindario.

—En el 16, reside una familia muy buena. Son formales a "carta cabal".

—Los del 10 no "acaban de gustarme". Hay "gato encerrado".

—¡En el 14, se traen un misterio! Hay que andar con cuidado.

—Las que viven en el 6 son de gran "señorío". Pero tienen la "libreta" de los fiados bastante atrazada.

Después de ya conocido el vecindario, se mandaba a los que se estimaban dignos, "el parte" de la mudada, en el que fijaban los días de recibo.

La hora en que la familia se mudaba era siempre objeto de crítica, por parte de "los vecinos chismosos".

—¡Mire usted! La "gente" del 26 se ha mudado de madrugada.

—¡Es por huírles a los acreedores!

—¡Para que no les vean los tarrecos!

En cambio, si la mudada era bien entrada la mañana o por la tarde, decían:

—¿Quién vive al lado?

—¿Hay perros en las casas colindantes? ¿Y gallos? ¿Y gatos?

—¿Hay chiquitos chillones?

—¿Quién vivía antes en la casa?

—¿Había enfermos? ¿La casa es "salada"?

—Han "sacado muertos"?

Comentaban después las respuestas, llegando hasta a increpar a la familia informante como si fuera el propietario de la casa.

Nada. Que todo el mundo renu-saba tener las llaves de las casas vacías y hubo que recurrir al bodeguero. Entonces se "viraba la tortilla". El comerciante, con diplomacia socarrona, trataba antes que nada de averiguar la situación económica del aspirante a vecino.

—Bueno,—decía al que iba a buscar la llave para ver la casa,— está bien, es verdad. Pero, dígame, ¿en qué se emplea "el hombre" de la familia? ¿Cuántos son? ¿Tienen criados? ¿Compran en la plaza? ¿Pagan de contado?

Si le satisfacían los informes, entonces le hablaba bien de todo,

de la casa y del vecindario.

—Riase de casa fresca y afortunada. ¡Ya van dos vecinos que se sacan la lotería!

—Nunca he visto salir un difunto de "ahí".

—Los vecinos son muy dignos. Esta es una gran "cuadra". ¡Personas de arriba nada más! ¡Nada de "virullillas"!

En cambio, si se enteraba que el que quería coger la casa era un "arrancado", todo eran tachas para el edificio y el vecindario.

—¡Quieren lucir sus muebles!

—Total, ¿qué han traído? Un juego de sala de caoba y uno de cuarto con enchapes. ¡Los demás son trastes viejos!

Cuando había una casa desocupada era un lío tener la llave y dar informes en nombre del dueño. Las familias experimentadas no se hacían cargo de ese "rollo". En cambio, las que gustaban saber la vida y milagros de las demás, se volvían locas por guardar la llave y por dar detalles sobre la renta y demás condiciones, pues así conocían con tiempo, a los nuevos ocupantes de la vivienda.

A veces se presentaba el caso curioso, de "perro queriendo comer perro". Si chismosa y conversadora era "la guardadora de la llave", no lo era menos la que solicitaba vivir la casa. Es más, a veces vencía a la informante, abrumándola con preguntas como éstas:

—¿Cuánto gana la casa?

—¿El dueño es exigente?

—¿Cómo andamos de vecindario?

—No se meta ahí, amigo. Esa casa está minada de ratas. ¡Y un calor! ¡Hasta me "han dicho" que tiene "cosa mala"! ¡Se sienten unos ruidos por la noche!

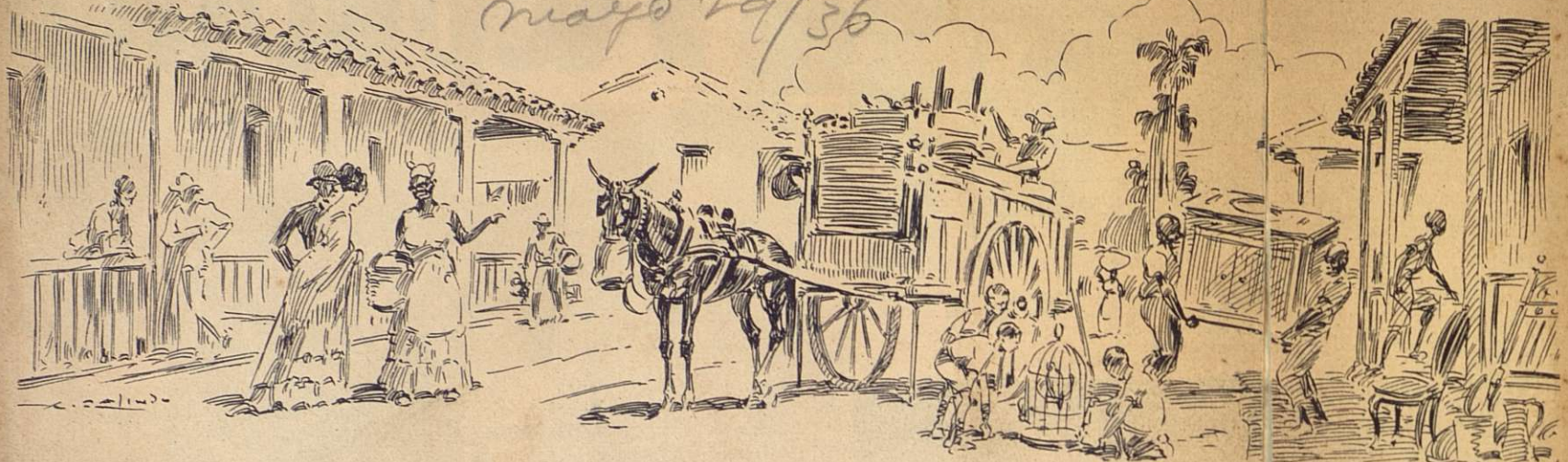
—Mire, en confianza. El amo tiene un abogado que "limpia" los inquilinos tan pronto "fallan" el pago el día primero. ¡Son gentes de papeles y muy amigos del juez!

En ocasiones el bodeguero, en ese proceso de investigación de los recursos y medios de vida de sus presuntos futuros clientes, ha sido víctima de cierto vivos, que sabían la finalidad que perseguía el comerciante con sus preguntas y lo "cogía en sus propias redes", haciéndose aparecer como desprendidos, pródigos y en la mejor posición económica.

Los "tramposos profesionales", antes de visitar la casa y tan pronto el detallista comenzaba la labor inquisitoria, le contestan:

RECUERDOS AMABLES DEL PASADO.

LAS MUDADAS.-LOS PARTES



LOS traslados de domicilio se hacen ahora silenciosamente. Nadie se preocupa de los nuevos vecinos. La Habana ha tomado tal desarrollo urbano, las costumbres se han modificado tanto, que las "mudadas" de las familias pasan inadvertidas. Antes no. Todo el vecindario estaba pendiente de los cambios de residencias.

El que se mudaba de una casa tenía que participarlo oportunamente a los vecinos de la casa que dejaba. Se hacían las "visitas de despedida". Y tan pronto llegaba a la nueva residencia, debía comunicarlo a las familias que vivían en la "cuadra" de la casa que ocupaba. Y éstas respondían a la vez a esa notificación con la "visita de bienvenida".

Como es natural, estas prácticas tenían sus complicaciones. La familia "recién instalada" se documentaba acerca de la clase y condición de sus nuevos vecinos. El bodeguero era, por lo general, el informante. En su deseo de conquistar un "marchante", tan pronto advertía la llegada de la familia nueva, iba a la casa en busca del cliente. Y para introducirse y hacerse el servicial, facilitaba a los nuevos residentes, los datos y antecedentes sobre el vecindario.

—En el 16, reside una familia muy buena. Son formales a "carta cabal".

—Los del 10 no "acaban de gustarme". Hay "gato encerrado".

—¡En el 14, se traen un misterio! Hay que andar con cuidado.

—Las que viven en el 6 son de gran "señorío". Pero tienen la "libreta" de los fiados bastante atrazada.

Después de ya conocido el vecindario, se mandaba a los que se estimaban dignos, "el parte" de la mudada, en el que fijaban los días de recibo.

La hora en que la familia se mudaba era siempre objeto de crítica, por parte de "los vecinos chismosos".

—¡Mire usted! La "gente" del 26 se ha mudado de madrugada.
—¡Es por huirles a los acreedores!
—¡Para que no les vean los tarrecos!
En cambio, si la mudada era bien entrada la mañana o por la tarde, decían:

—¿Quién vive al lado?
—¿Hay perros en las casas colindantes? ¿Y gallos? ¿Y gatos?
—¿Hay chiquitos chillones?
—¿Quién vivía antes en la casa?
¿Había enfermos? ¿La casa es "salada"?

—Han "sacado muertos"?
Comentaban después las respuestas, llegando hasta a increpar a la familia informante como si fuera el propietario de la casa.

Nada. Que todo el mundo rehusaba tener las llaves de las casas vacías y hubo que recurrir al bodeguero. Entonces se "viraba la tortilla". El comerciante, con diplomacia socarrona, trataba antes que nada de averiguar la situación económica del aspirante a vecino.

—Bueno,—decía al que iba a buscar la llave para ver la casa,—está bien, es verdad. Pero, dígame, ¿en qué se emplea "el hombre" de la familia? ¿Cuántos son?
¿Tienen criados? ¿Compran en la plaza? ¿Pagan de contado?

Si le satisfacían los informes, entonces le hablaba bien de todo,

de la casa y del vecindario.

—Ríase de casa fresca y afortunada. ¡Ya van dos vecinos que se sacan la lotería!

—Nunca he visto salir un difunto de "ahí".

—Los vecinos son muy dignos. Esta es una gran "cuadra". ¡Personas de arriba nada más! ¡Nada de "virulillas"!

En cambio, si se enteraba que el que quería coger la casa era un "arrancado", todo eran tachas para el edificio y el vecindario.

—¡Quieren lucir sus muebles!
—Total, ¿qué han traído? Un juego de sala de caoba y uno de cuarto con enchapes. ¡Los demás son trastes viejos!

Cuando había una casa desocupada era un lío tener la llave y dar informes en nombre del dueño. Las familias experimentadas no se hacían cargo de ese "rollo". En cambio, las que gustaban saber la vida y milagros de las demás, se volvían locas por guardar la llave y por dar detalles sobre la renta y demás condiciones, pues así conocían con tiempo, a los nuevos ocupantes de la vivienda.

A veces se presentaba el caso curioso, de "perro queriendo comer perro". Si chismosa y conversadora era "la guardadora de la llave", no lo era menos la que solicitaba vivir la casa. Es más, a veces vencía a la informante, abrumándola con preguntas como éstas:

—¿Cuánto gana la casa?
—¿El dueño es exigente?
—¿Cómo andamos de vecindario?

—No se meta ahí, amigo. Esa casa está minada de ratas. ¡Y un calor! ¡Hasta me "han dicho" que tiene "cosa mala"! ¡Se sienten unos ruidos por la noche!

—Mire, en confianza. El amo tiene un abogado que "limpia" los inquilinos tan pronto "fallan" el pago el día primero. ¡Son gentes de papeles y muy amigos del juez!

En ocasiones el bodeguero, en ese proceso de investigación de los recursos y medios de vida de sus presuntos futuros clientes, había sido víctima de cierto vivos, que sabían la finalidad que perseguía el comerciante con sus preguntas y lo "cogía en sus propias redes", haciéndose aparecer como desprendidos, pródigos y en la mejor posición económica.

Los "tramposos profesionales", antes de visitar la casa y tan pronto el detallista comenzaba la labor inquisitoria, le contestan:

—No me preocupa el precio del alquiler, ni la clase de garantías que el dueño pida. Yo tengo mi dinero en el Banco y el gerente es mi fiador. Si prefieren meses en fondo lo mismo me da.

—Si la casa me resulta cómoda, instalaré el teléfono, calentadores y luz eléctrica. Además, me propongo pintarla toda y hacerle otras mejoras.

—Es más. ¡Si me satisface, quizás la compre! Tengo precisamente un dinerito que invertir.

El bodeguero cae en la trampa y se encanta con aquel posible nuevo vecino. Y tan pronto toma la casa y se instala en ella, le abre crédito. ¡Le da la "libreta" para los fiados!

Después, al fin de cada mes, son los apuros. Pero el deudor no se inmuta. Sale del paso diciendo:

—Espere al mes que viene. Tengo todo mi dinero "en movimiento".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA